

## NO PENSÁBAMOS QUE IBA A LLOVER TANTO

*Miguel Ángel Martínez Lozano<sup>5</sup>*

No pensábamos que iba a llover tanto. Cuando decidimos atajar por el Puerto ya barruntábamos algún andavalón de agua, pero no esperábamos semejante turumbesco como el que luego cayó. Después nos penaba haber dejado el carro cargado en aquel atascadero, sin probar siquiera a encuartar el par de machos, pero con el aticalazón que llevábamos encima nos sentíamos acobardados e incapaces de superar las pandas que hacía el camino en aquellas huelgas, y sólo deseábamos encontrar un sitio abrigo.

Yo había aceptado a rebronco el encargo de ir a la Alcarria a por género porque se habían confiado con el buen tiempo y estábamos casi en noviembre. Ya no me habían gustado ni la junta de bueyes, tan traspellados que semejaban vacas de almorcar en la fiesta, ni la de mulos, cuyo dueño parecía no haberle pagado en la vida la veñería al herrero. Tampoco me agradaba la compañía del masadero, que tenía los ojos brillantes como los zorros, ni la del zagal, con la cara llena de pelusa roya. Por eso me llevé mi burro, porque me hacía sentirme más tranquilo. Yo había aceptado por la formalidad.

Cogimos algunos atiperios del carro y los cargamos en los serones de los mulos, con las damajuanas, y en el yugo de los bueyes. Llovía a mares, y con las prisas y la oscurina nos habíamos perdido. Nos dirigimos loma arriba, hacia la ceja, para evitar los cenagales y buscar refugio entre los riscos. Fue entonces cuando comprendimos que la habíamos acertado al abandonar el carro, mas no nos sirvió de consuelo, pues aunque el temporal arreciaba, los bueyes andaban con una cachorreña como si hubiéramos estado en la canícula, y nos vimos obligados a desenyugarlos y dejarlos en la cuesta, hasta que amaneciera y escampara.

Todavía no sé qué fue lo que pasó aquella madrugada, cuando desapareció el masadero. Yo no creo en abuelorios, mas cuando oí al mulo joven que parecía que lloraba sentí un escalofrío en el espinazo. No me explico por qué razón se ajollentó tanto. El caso es que cuando se encanó y empezó a resollar como si no tuviera aire me levanté y lo encontré atrapado en un gollisno, entre dos picarchales, echando por la boca babas espesas como limarzos. No reaccionó ni cuando le restregué

---

<sup>5</sup> Secretario en el Ayuntamiento de Cella. Natural de Guadalaviar.

los lechines, ni cuando la emprendí a leznazos en las coyunturas. Se murió del sofocón. Cuando volví al hato el zagal estaba despierto, y daba hurtes de frío y de miedo, y no fue capaz de contarme cómo se había marchado el masadero. Le llamamos a voces mientras nos quedó ánimo, pero sólo respondía la lluvia.

Los peñascales donde habíamos acampado constituían un buen refugio, porque formaban un catruchil natural para las bestias y un cachumán, a resguardo de la tormenta, para nosotros. Por eso desaparejamos allí los animales y nos dispusimos a pasar la noche. Encender la lumbre resultó difícil, pues todo estaba emplascado de agua y barro, y no conseguíamos aplicarle a la yesca mojada. Por fin, con los vencejos de encañadura del interior de una albarda y unos cuantos chorros del anisado más fuerte que llevábamos, logramos que prendieran los arigotes y cándalos que habíamos recogido, y estuvimos echando calda hasta que hubo suficiente chandasca para entrar en calor y secar los piales.

Yo siempre había pensado que el muchacho que nos acompañaba era un ajosejón y un zaparrastro, pues desde pequeño lo había visto refitoleando por las entradas, lleno de malumbre, y haciendo el somarro por las calles. Ya le salían pelos en la cara y todavía se hacía tacairas, zarrumbias y palos de marruza. Sin embargo, le había tomado querencia, y cuando se murió del pasmo lamenté no haberme atrevido a llevarlo al pueblo. Aquel fue un viaje desgraciado.

Después de secarnos preparamos el condumio, y ahora me acuerdo de que el masadero apenas cenó nada. Me extrañó que zurriera al suelo las olivas y los gazpachos blandos que le había escullado, porque nos había demostrado ser muy tripero y nada niquitoso, y casi me enfurecí cuando dijo que estaba harto de comer aguachirle y calambrujos. Luego, mientras le veía rosigar con parsimonia un trozo de sollapa, retorciendo la cabeza hacia los lados, azulladico de miedo cada vez que se incrementaba el ulular del viento entre los gutrinos de las riscas y las copas de los pinos, recordé que había pasado toda su existencia en una casa solitaria y que temía a las caranjainas y a las exhalaciones fuera de mes, y sentí lástima por él. Ya no le vi más.

Atalajamos la mula y el burro a trompicones, espantados por la desaparición del masadero, y salimos de naja sin esperar a que se viera o amainara, arreando a los animales por los zinglatos abajo y dejando casi toda la mercancía en lo alto del cerro. Cuando nos serenamos nos encontramos en unos poyales labrados antaño de contravenido, pero que estaban todavía libres de josma, y las bestias, que llevaban casi dos días sin probar bocado, pudieron comerse las arnazas y los topetejos de pimpinela que se crían en esos pitañares.

Me di cuenta de que el muchacho estaba malo cuando empezó de pronto a decir tonterías sin parar, y a malhablar de todos los del pueblo, como las mujeres



La nevada. Francisco de Goya.

bocaranas. Cuando se atrevió a decir que yo era un perdulario, que tenía agua en vez de sesos, y que a nadie cabal se le habría ocurrido encargarme un viaje así, supe que aquella calentura lo iba a matar enseguida. Para entonces había caído un tascazo considerable, y sin achiscales adecuados, sólo pude abrir un poco de trocha en la nieve con los pies, y cubrir su cuerpo muerto con las piedras de un majano. Tenía que haberle rezado, pero no se me ocurrió.

A medida que avanzaba la mañana la lluvia se iba convirtiendo en nieve. A mí me asombró que aquel temporal tan furioso trajera el rabo blanco, y confieso que perdí las ganas de seguir durante varias horas, sobre todo cuando el burro se empantanó en los tembladeros disimulados por la nieve y se ahogó por el culo, pese a todas mis añagazas por sacarlo. El muchacho seguía delirando y no pudo ayudarme.

Hasta que nos apercibimos de que la tormenta iba para largo y de que nos traería problemas, el viaje había transcurrido con tranquilidad y buen humor. Con el dinero y la lana que nos habían dado habíamos comprado anís, aguardiente, alcarreño, vino, canela, pimienta, clavo, higos, sal, aceite y arreos de cuero, como nos habían encargado, pero también judías, miel, pasas, hilo y chocolate. Si no hubiéramos ido tan contentos, a lo mejor no se nos habría ocurrido atajar por el Puerto.

Al ver entre la ventisca las sargas de la rambla me dio un vuelco el corazón, pues ya pensábamos que habíamos cogido una mala viaraza, y la cruzamos por un estrechuelo con tanta precipitación que la mula resbaló y cayó con el muchacho en un chilanco. Lo saqué calado como una trucha y fue perdiendo voz hasta que se murió. Al anochecer llegué a la portera del pueblo y me detuve a considerar el fin del género, del carro, de los bueyes, de los mulos, del burro, del masadero y del muchacho. Por eso pensé durante tanto rato si entraba o no al pueblo. Hacía mucho frío.